

ct

Producto farmacéutico para imbéciles

de
Verónica Bujeiro

(fragmento)

Vacío delimitado por una línea blanca. Un hombre con uniforme de guardia aparece. Es Catalino Risperdal.

Atrás de la línea blanca, por favor.
Atrás de la línea blanca, por favor.
¿No me escuchó?

Risperdal mira el vacío frente a él con interés. Lo estudia de un lado, luego de otro y niega con la cabeza.

¿Qué mira la gente cuando nada los mira de vuelta?

Porque es comprensible cuando alguien sonríe ante la pintura de una mujer o un jarrón con flores y hasta con el retrato de un perro, pero este lugar no tiene ninguna de esas cosas. “El museo es como un estómago en donde se digiere la realidad”, dijo una vez un guía y yo de inmediato pensé que aquí no estábamos en el estómago, sino en el intestino grueso. No crean que todo lo que se exhibe aquí apeste o esté descompuesto, aunque puede darse el caso, lo que pasa es que es muy común no poder distinguir lo que hay afuera de lo que hay aquí dentro.

Atrás de la línea blanca, si me hace favor.

Aunque no lo crean, la línea tiene su motivo. Al menos eso es lo que me han dicho o es lo que siempre he creído.

Risperdal mira nuevamente el vacío delimitado por la línea blanca.

O a ver... si no sirve para nada, ¿para qué prohibimos? Allá afuera estas cosas podrían pasar por basura, pero acá están tan celosamente guardadas y preparadas para la visita que por eso tenemos que andarnos con el “Atrás de la línea blanca, por favor”. Acá adentro sí, pero allá afuera no. Acá adentro sí, pero allá afuera no. ¿Por qué? (pausa) Yo a la fecha no sé si sabré responderlo. El público que viene aquí día a día me ha plantado esa duda. Sus ganas de querer cruzar esa línea siempre me mantuvieron en constante alerta. Por 15 años desquite cada centavo de mi sueldo prohibiendo y callando, pero nunca entendí qué miraba toda esa gente cuando nadie, ni nada los miraba de vuelta. Algunos se arrodillaban ante las piezas e incluso alguno que otro vino aquí a quitarse la vida. ¡Esos eran los peores! Un guía me explicó sus intenciones no eran sentimentales sino “artísticas”. (Pausa) Dijo que eso de quererse quitar la vida frente a alguna de las piezas más escandalosas del museo, como esa crucifixión hecha con sábanas utilizadas en hoteles de paso, era nada más para convertirse de inmediato en parte de la exhibición. ¡Qué gente! Quieren ganarse en un segundo lo que a otros les cuesta la vida. Porque esto del arte es una labor ardua y del diario que requiere de cosas muy complicadas y sublimes que la verdad no sabría explicarles. Sólo así se puede justificar el por qué algunos sitios albergan los contenidos del intestino grueso. Y sólo así, también, se puede justificar que por 15 años fui guardia de museo y ahora soy artista. Sí, como lo oyeron: ARTISTA.

Atrás de la línea blanca por favor.

No se permite tocar.

Atrás por favor.

Hay que guardar silencio.

¡Shhh! ¡Shhh!

¿Si me escuchó?

Confieso que nunca he sido un hombre de preocupaciones o cuestionamientos grandes. Me considero un ser ordinario para el que los dioses, ni mis padres tenían un plan maestro. Jamás fue mi intención cruzar esa línea, pero un día lo hice. (*pausa*) ¡Juro que no fue calculado! ¿Cómo pude hacerlo si mi trabajo consistía en mantener a todos detrás de esa línea? Yo nunca pensé acabar en esto. Mi familia es respetable. Pobre, pero honrada. Por quince años tuve un trabajo que mantuvo a mi familia y me ahorró vestido al darme el uniforme del diario, pero ahora soy artista. Con todo y eso por favor no me pregunten porque sigo sin entender qué miran cuando nada ni nadie los mira de vuelta. Ustedes creerán que por haber pasado tanto tiempo acá, cuidando, oyendo a tanto guía y siendo estimulado día con día por estas cosas yo ya me hubiera hecho un experto, ¡pero no! Por quince años no entendí nada como guardia y ahora como artista ¡menos! (*pausa*) Pero lo intenté. Se los juro que lo intenté. Cuando llegaba la hora de cerrar, yo alegaba el acabado de ciertas tareas para poder quedarme y en silencio absoluto, sin que nadie me viera, me paraba frente a las piezas para lograr encontrar qué era lo que le decían a todos los que las habían visto a lo largo del día. Por más que me concentraba y me acercaba a ellas de una forma en la que jamás dejaría hacerlo a un visitante, rara vez alcancé a ver algo. Salvo algún roedor que eliminé de inmediato y que más tarde me informaron mis superiores, formaba parte de la colección. Para no crear ningún daño, o demanda que es peor, de inmediato la suplanté con una del caño y para sorpresa de todos la rata nueva logró tallar una pieza más original e inspiradora que la de muchos de los artistas expuestos. ¡Qué animales! Como ese mapache que una vez tuvimos con el propósito que robara parte de la muestra para apilarla en un escondite y así crear una nueva pieza para la colección. Por desgracia la obra no fue terminada, pues el animalito murió al ingerir los cristales de una pieza compuesta por el cascajo de un auto blindado detonado en un atentado terrorista. ¡Uy! ¿Pero qué dije? Hasta ahora nadie sabía eso. El museo nos pidió a todos los presentes absoluta discreción, por aquello de los grupos que defienden los derechos de los animales. Esos furiosos tropillas que vienen y amenazan con cerrar el museo por el “abuso indiscriminado con fines artísticos al que se somete a otras especies” Gritaban afuera que todo esto era un atentado contra esas pobres criaturas indefensas que nada saben y aún muertos se les tortura oyendo la explicación de algunos cuadros. Casi como nosotros, los guardias de museo que nada sabemos, nada debemos y mucho tememos cada vez que viene un nuevo curador. ¡Y sin asociación que nos defienda! ¡Vamos! Ni siquiera tenemos acceso a una terapia de relajación. Y es que, aunque nadie lo crea, el trabajo de un guardia de museo es mucho más que venir y sentarse para decir: “Atrás de la línea blanca por favor”. La nuestra es una labor hartamente estresante, de entrega y cuidado de estas piezas que algunos consideran de gran valor. Un valor que no todos entendemos, porque, ¿qué es lo que ven cuando miran y nada, ni nadie los mira de vuelta? Aún ahora, que soy artista, no me lo explico. Cuando trabajaba aquí, llegaba a casa afectado, deprimido y a veces en la calle me encontraba a mí mismo contemplando las cosas más insignificantes con cierta admiración. Seguía a los perros por la calle y encontraba insólitas las formas en las que sus excrecencias se manifestaban libremente por las banquetas. Cuando alguna vez les pregunté a mis compañeros si pasaban por lo mismo, todos me contestaron: “Trabajas demasiado, Risperdal”. Y lo peor, es que era cierto.